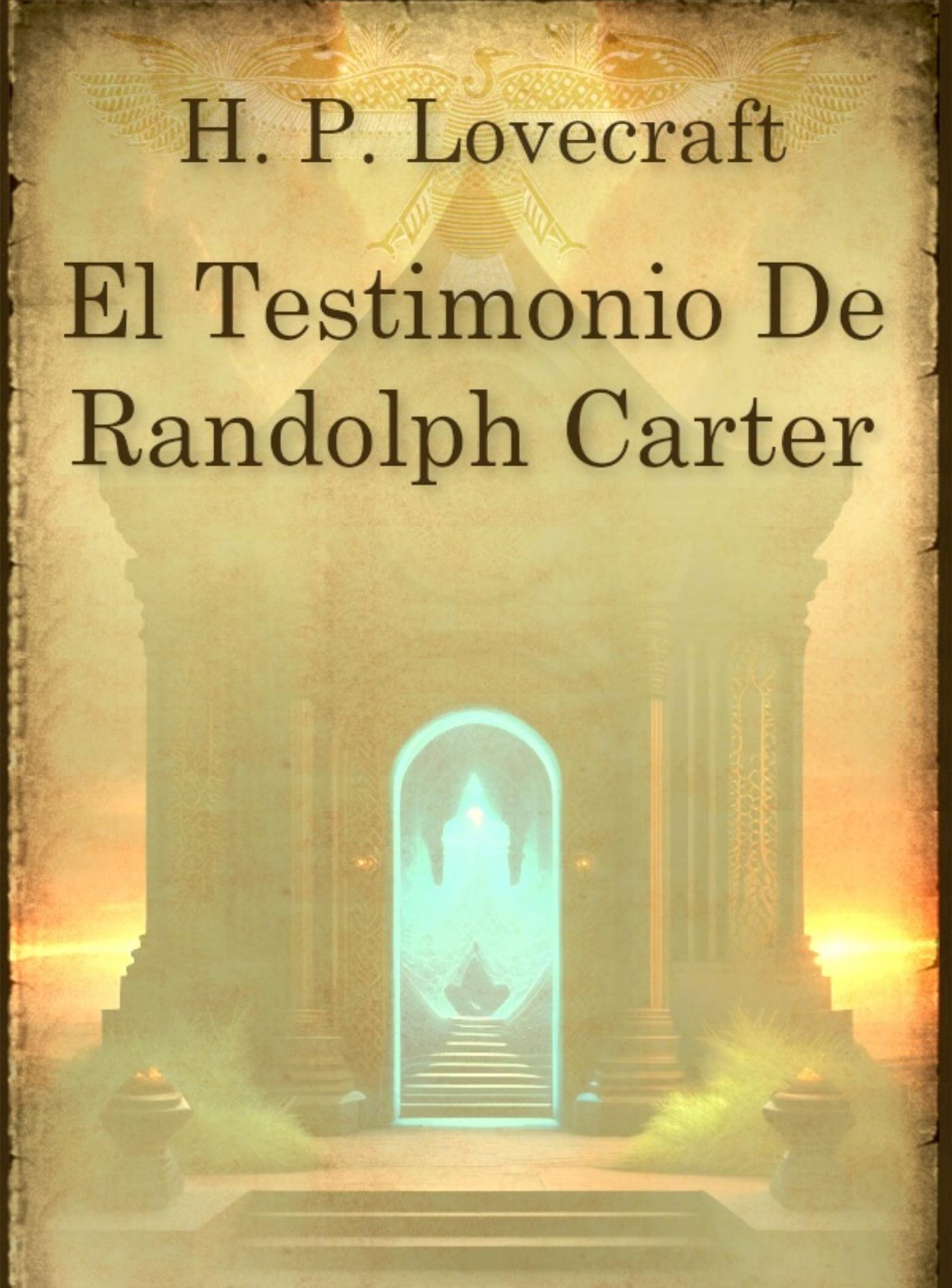




H. P. Lovecraft

El Testimonio De Randolph Carter



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL TESTIMONIO DE RANDOLPH CARTER

H. P. LOVECRAFT

PUBLICADO: 1920
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN PROPIA DE ELEJANDRÍA

EL TESTIMONIO DE RANDOLPH CARTER

También conocido como La declaración de Randolph Carter

Os repito, señores, que vuestra inquisición es infructuosa. Detenedme aquí para siempre si queréis; confinadme o ejecutadme si debéis tener una víctima para propiciar la ilusión que llamáis justicia; pero no puedo decir más de lo que ya he dicho. Todo lo que puedo recordar, lo he contado con perfecta franqueza. Nada ha sido distorsionado u ocultado, y si algo permanece vago, es sólo a causa de la oscura nube que se ha apoderado de mi mente, esa nube y la naturaleza nebulosa de los horrores que la trajeron sobre mí.

Vuelvo a decir que no sé qué ha sido de Harley Warren, aunque creo -casi lo espero- que se encuentra en un pacífico olvido, si es que en alguna parte existe algo tan bendito. Es cierto que durante cinco años he sido su amigo más íntimo y he compartido parcialmente sus terribles investigaciones sobre lo desconocido. No negaré, aunque mi memoria es incierta e indistinta, que este testigo suyo puede habernos visto juntos, como él dice, en el pike de Gainsville, caminando hacia Big Cypress Swamp, a las once y media de aquella horrible noche. Que llevábamos linternas eléctricas, palas y una curiosa bobina de alambre con instrumentos adjuntos, incluso lo afirmaré; porque todas estas cosas desempeñaron un papel en la horrible escena que permanece grabada a fuego en mi agitado recuerdo. Pero de lo que siguió, y de la razón por la que me encontraron solo y aturdido en la orilla del pantano a la mañana siguiente, debo insistir en que no sé nada salvo lo que le he contado una y otra vez. Usted me dice que no hay nada en el pantano ni cerca de él que pueda servir de escenario a aquel espantoso episodio. Le respondo

que no sé nada más de lo que vi. Puede que fuera una visión o una pesadilla -espero fervientemente que fuera una visión o una pesadilla-, pero es todo lo que mi mente retiene de lo que ocurrió en aquellas espantosas horas después de que nos alejáramos de la vista de los hombres. Y por qué Harley Warren no regresó, sólo él o su sombra -o alguna cosa sin nombre que no puedo describir- pueden decirlo.

Como he dicho antes, los extraños estudios de Harley Warren me eran bien conocidos, y hasta cierto punto compartidos por mí. De su vasta colección de libros extraños y raros sobre temas prohibidos he leído todos los que están escritos en los idiomas que domino; pero son pocos en comparación con los que están en lenguas que no puedo entender. La mayoría, creo, están en árabe; y el libro inspirado por el diablo que provocó el fin -el libro que llevaba en el bolsillo fuera del mundo- estaba escrito en caracteres que no he visto en ningún otro lugar. Warren nunca me dijo qué contenía ese libro. En cuanto a la naturaleza de nuestros estudios, ¿debo decir una vez más que ya no los comprendo del todo? Me parece más bien piadoso que no sea así, porque eran estudios terribles, que yo seguía más por fascinación a regañadientes que por verdadera inclinación. Warren siempre me dominó, y a veces le temía. Recuerdo cómo me estremecí ante la expresión de su rostro la noche anterior al terrible suceso, cuando hablaba sin cesar de su teoría de por qué ciertos cadáveres nunca se descomponen, sino que descansan firmes y gordos en sus tumbas durante mil años. Pero ahora no le temo, porque sospecho que ha conocido horrores más allá de mi conocimiento. Ahora temo por él.

Una vez más digo que no tengo una idea clara de nuestro objetivo aquella noche. Ciertamente, tenía mucho que ver con algo que había en el libro que Warren llevaba consigo -ese antiguo libro de caracteres indescifrables que le había llegado de la India un mes antes-, pero juro que no sé qué era lo que esperábamos encontrar. Su testigo dice que nos vio a las once y media en la carretera de Gainsville, en dirección a Big Cypress Swamp. Probablemente sea cierto, pero no lo recuerdo con claridad. La imagen grabada en mi alma es de una sola escena, y la hora debe haber sido mucho después de la medianoche, porque una luna creciente menguante estaba en lo alto de los cielos vaporosos.

EL LUGAR era un antiguo cementerio; tan antiguo que me estremecí ante los múltiples signos de años inmemoriales. Se hallaba en una hondona-

da profunda y húmeda, cubierta de hierba rala, musgo y curiosas malezas rastreras, y llena de un vago hedor que mi ociosa fantasía asociaba absurdamente con la piedra podrida. Por todas partes se veían los signos del abandono y la decrepitud, y yo parecía atormentado por la idea de que Warren y yo éramos los primeros seres vivos que invadíamos un silencio letal de siglos. Sobre el borde del valle, una luna menguante se asomaba a través de los ruidosos vapores que parecían emanar de catacumbas inauditas, y por sus débiles y vacilantes rayos pude distinguir una repelente variedad de antiguas losas, urnas, cenotafios y fachadas mausoleosas; todo ello desmoronado, cubierto de musgo y manchado por la humedad, y parcialmente oculto por la exuberancia de la malsana vegetación.

La primera impresión vívida que tuve de mi presencia en esta terrible necrópolis fue la de detenerme con Warren ante cierto sepulcro semiobliterado y arrojar algunas cargas que parecíamos llevar. Observé que yo llevaba una linterna eléctrica y dos palas, mientras que mi compañero llevaba una linterna similar y un teléfono portátil. No pronunciamos palabra, pues el lugar y la tarea nos parecían conocidos; y sin demora cogimos nuestras palas y empezamos a quitar la hierba, la maleza y la tierra removida del plano y arcaico tanatorio. Después de destapar toda la superficie, que consistía en tres inmensas losas de granito, retrocedimos cierta distancia para contemplar la escena funeraria, y Warren pareció hacer algunos cálculos mentales. Luego regresó al sepulcro y, utilizando la pala como palanca, trató de levantar la losa que estaba más cerca de una ruina pétreo que pudo haber sido un monumento en su día. No lo consiguió, y me pidió que le ayudara. Finalmente, nuestra fuerza combinada aflojó la piedra, que levantamos e inclinamos hacia un lado.

Al retirar la losa se descubrió una abertura negra, de la que salía un efluvio de miasma y gases tan nauseabundos que retrocedimos horrorizados. Sin embargo, después de un intervalo, nos acercamos de nuevo a la fosa y las exhalaciones nos parecieron menos insoportables. Nuestras linternas revelaron la parte superior de un tramo de escalones de piedra, goteando algún detestable ichor de la tierra interior, y bordeado por húmedas paredes incrustadas de salitre. Y ahora, por primera vez, mi memoria registra un discurso verbal, Warren dirigiéndose a mí con su suave voz de tenor; una voz singularmente imperturbable por nuestro impresionante entorno.

"Siento tener que pedirte que te quedes en la superficie", dijo, "pero sería un crimen dejar que alguien con tus frágiles nervios bajara allí. No puedes imaginarte, ni siquiera por lo que has leído y por lo que te he contado, las cosas que tendré que ver y hacer. Es un trabajo diabólico, Carter, y dudo que un hombre sin una sensibilidad a toda prueba pueda superarlo y salir vivo y sano. No deseo ofenderte, y Dios sabe que me alegraría mucho tener-te conmigo; pero la responsabilidad es en cierto modo mía, y no podría arrastrar a un manojito de nervios como tú a una muerte probable o a la locura. Te digo que no puedes imaginarte cómo es la cosa en realidad. Pero te prometo que te mantendré informado por teléfono de cada movimiento; ¡ya ves que tengo aquí cable suficiente para llegar al centro de la tierra y volver!".

Todavía puedo oír, en mi memoria, aquellas frías palabras; y todavía puedo recordar mis protestas. Yo parecía desesperadamente ansioso por acompañar a mi amigo a aquellas profundidades sepulcrales, pero él se mostró inflexiblemente obstinado. En cierta ocasión amenazó con abandonar la expedición si yo seguía insistiendo; amenaza que resultó eficaz, ya que sólo él tenía la llave del asunto. Aún recuerdo todo esto, aunque ya no sé qué clase de cosa buscábamos. Después de obtener mi renuente aquiescencia a su designio, Warren tomó el carrete de alambre y ajustó los instrumentos. A su señal, tomé uno de ellos y me senté sobre una lápida vieja y descolorida, cerca de la abertura recién descubierta. Luego me estrechó la mano, se echó al hombro la bobina de alambre y desapareció dentro de aquel indescriptible osario.

Durante un minuto no perdí de vista el resplandor de su linterna, y oí el crujido del alambre cuando lo dejó en el suelo tras él; pero el resplandor desapareció bruscamente, como si se hubiera producido un giro en la escalera de piedra, y el sonido se desvaneció casi con la misma rapidez. Yo estaba solo, pero atado a las profundidades desconocidas por aquellos hilos mágicos cuya superficie aislada yacía verde bajo los rayos de aquella luna creciente menguante.

EN EL SOLITARIO silencio de aquella vieja y desierta ciudad de los muertos, mi mente concebía las más espantosas fantasías e ilusiones; y los grotescos santuarios y monolitos parecían asumir una horrible personalidad, una media conciencia. Sombras amorfas parecían acechar en los recovecos más oscuros de la hondonada llena de maleza y revolotear como en una

blasfema procesión ceremonial ante los portales de las tumbas derruidas de la ladera; sombras que no podían haber sido proyectadas por aquella luna creciente, pálida y escudriñadora.

Consulté constantemente mi reloj a la luz de mi linterna eléctrica, y escuché con febril ansiedad el auricular del teléfono; pero durante más de un cuarto de hora no oí nada. Entonces oí un débil chasquido y llamé a mi amigo con voz tensa. A pesar de mi aprensión, no estaba preparado para las palabras que salieron de aquella extraña bóveda con acentos más alarmados y temblorosos que los que había oído antes en boca de Harley Warren. Aquel que tan tranquilamente me había abandonado poco antes, gritaba ahora desde abajo con un tembloroso susurro más portentoso que el grito más fuerte:

"¡Dios! ¡Si pudieras ver lo que estoy viendo!"

No pude responder. Sin palabras, sólo podía esperar. Entonces volvieron los tonos frenéticos:

"¡Carter, es terrible, monstruoso, increíble!"

Esta vez no me falló la voz y vertí en el transmisor un torrente de preguntas excitadas. Aterrorizada, continué repitiendo: "Warren, ¿qué es? ¿Qué es?"

Una vez más llegó la voz de mi amigo, aún ronca por el miedo, y ahora aparentemente teñida de desesperación:

"¡No puedo decírtelo, Carter! Es demasiado inconcebible, no me atrevo a decírtelo, ningún hombre podría saberlo y vivir, ¡Dios mío! Nunca soñé con esto".

De nuevo la quietud, salvo por mi torrente incoherente de estremecedoras preguntas. Luego la voz de Warren en un tono de salvaje consternación:

"¡Carter! ¡Por el amor de Dios, retira la losa y sal de aquí si puedes! Rápido, deja todo lo demás y sal al exterior, es tu única oportunidad. Haz lo que te digo y no me pidas explicaciones".

Escuché, pero sólo pude repetir mis frenéticas preguntas. A mi alrededor estaban las tumbas, la oscuridad y las sombras; debajo de mí, algún peligro más allá del radio de la imaginación humana. Pero mi amigo estaba en mayor peligro que yo, y a través de mi miedo sentí un vago resentimiento de

que me considerara capaz de abandonarle en tales circunstancias. Más chasquidos, y tras una pausa un grito lastimero de Warren:

"¡Largo! Por el amor de Dios, ¡vuelve a poner la losa y lárgate, Carter!".

Algo en la jerga infantil de mi evidentemente afectado compañero desató mis facultades. Formé y grité una resolución: "¡Warren, prepárate! Voy a bajar!" Pero ante este ofrecimiento el tono de mi auditor cambió a un grito de absoluta desesperación:

"¡No lo hagas! ¡No puedes entenderlo! Es demasiado tarde y es culpa mía. Vuelve a colocar la losa y corre, ¡no hay nada más que tú o alguien pueda hacer ahora!".

El tono volvió a cambiar, esta vez adquiriendo una cualidad más suave, como de desesperada resignación. Sin embargo, seguía tenso por la ansiedad que me producía.

"¡Rápido, antes de que sea demasiado tarde!"

Intenté no hacerle caso; intenté romper la parálisis que me atenazaba y cumplir mi promesa de bajar corriendo en su ayuda. Pero su siguiente susurro me encontró todavía inerte entre las cadenas del horror.

"¡Carter, date prisa! Es inútil, debes irte, mejor uno que dos, la losa..."

Una pausa, más chasquidos, luego la débil voz de Warren:

"Ya casi ha terminado-no lo hagas más difícil-cubre esos malditos escalones y corre por tu vida-estás perdiendo tiempo-hasta pronto, Carter-no te volveré a ver."

Aquí el susurro de Warren se convirtió en un grito; un grito que gradualmente se elevó a un chillido cargado con todo el horror de los siglos-.

"¡Malditas sean estas cosas infernales, legiones, Dios mío! ¡Largo! ¡Golpéalo! ¡GOLPEADLOS!"

Después se hizo el silencio. No sé cuántos eones interminables pasé sentado, estupefacto, susurrando, murmurando, llamando, gritando a aquel teléfono. Una y otra vez durante esos eones susurré y murmuré, llamé, grité y chillé: "¡Warren! ¡Warren! Contéstame, ¿estás ahí?"

Y entonces vino a mí el mayor horror de todos: lo increíble, lo impensable, casi lo innombrable. He dicho que parecieron transcurrir eones después de que Warren gritara su última desesperada advertencia, y que sólo mis propios gritos rompían ahora el espantoso silencio. Pero al cabo de un rato se oyó otro chasquido en el auricular, y agucé los oídos para escuchar. Volví a gritar: "Warren, ¿estás ahí?", y como respuesta oí lo que ha traído esta nube sobre mi mente. No pretendo, caballeros, dar cuenta de esa cosa -esa voz- ni puedo aventurarme a describirla en detalle, ya que las primeras palabras me arrebataron la conciencia y crearon un vacío mental que llega hasta el momento de mi despertar en el hospital. ¿Debo decir que la voz era profunda, hueca, gelatinosa, remota, sobrenatural, inhumana, incorpórea? ¿Qué debo decir? Fue el final de mi experiencia, y es el final de mi historia. Lo oí y no supe más; lo oí mientras estaba sentado, petrificado, en aquel cementerio desconocido de la hondonada, entre las piedras que se desmoronaban y las tumbas que se caían, la vegetación viciada y los vapores miasmáticos; lo oí brotar de las profundidades más recónditas de aquel maldito sepulcro abierto, mientras veía bailar sombras amorfas y necrófagas bajo una maldita luna menguante.

Y esto es lo que decía:

"¡Idiota, Warren está MUERTO!"

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB